

Aeropuerto, lo que se juega

Colocados en el fiel de la balanza los riesgos de cara al sí o no al aeropuerto en la zona de Texcoco, éstos apuntan, en ambos casos, a un escenario peligroso. Desde un ángulo está en juego un desastre ambiental, y desde otro la confianza de la inversión privada nacional y extranjera en el nuevo gobierno. Desecada la laguna artificial Nabor Carrillo, una suerte de área de contención construida en 1982 frente a las polvaredas hacia la zona oriente de la Ciudad de México, se quebró, en paralelo, el dique contra inundaciones en la zona.

La única posibilidad de atenuar el riesgo sería hacer una obra similar aprovechando el espejo de agua en la zona de Chalco conocido como laguna de Xico. El costo elevaría en 100 mil millones de pesos la factura del Nuevo Aeropuerto Internacional de México. Del otro lado de la moneda, el rechazo a un proyecto que lleva un avance de 30% abriría la puerta a una campaña de desprestigio hacia el nuevo gobierno, por más que éste busque la forma de canjear los contratos de cara a la reconfiguración de las terminales de la Ciudad de México y Toluca, y la construcción de dos pistas en la base aérea militar de Santa Lucía, ubicada en Zumpango.

De hecho, estaría latente una catarata de demandas ante tribunales nacionales e internacionales. El punto de quiebre que provoca la protesta de ambientalistas y pobladores de los municipios aledaños fue la decisión de modificar la ruta original que frustró la protesta de los habitantes de San Salvador Atenco, ante la cual el presidente Vicente Fox decidió la cancelación. El descontento no apuntaba a la depredación ambiental, sino al precio ofrecido por las propiedades ejidales. El escenario enfrentaba dos posibilidades: Atenco y Tizayuca, avalada ésta por Aeropuertos de París.

La nueva alternativa obligó a ofrecer solidez a la tierra pantanosa vía un relleno de miles de toneladas de cascajo, tezontle y otros elementos, con la novedad que de acuerdo con los expertos, ni así se impediría un hundimiento anual de hasta 40 centímetros, colocando en peligro de inundaciones a las zonas aledañas. En paralelo, a más del costo colosal del proyecto, éste creció de cara al relleno en caravanas interminables en la carretera Peñón-Texcoco, con el agravante que los cambios se justificaron por cuestiones de paridad peso-dólar... cuando los contratos se pactaron en pesos.

A ello se integra el análisis de "México Evalúa" que concluye que no se propició un ambiente de real competencia para licitar los contratos. Lo cierto, aunque al final del día la obra se concesione a particulares, es que el aval a Texcoco provocaría una ola de indignación de opositores, en un escenario de frustración. Del otro lado de la moneda, se calificaría de arbitrario al nuevo gobierno, atribuyéndole cualquier movimiento brusco de los mercados que pudiera darse. Naturalmente, la encrucijada no estaría en la mesa si el gobierno actual hubiera abierto el proyecto al escrutinio.

Rechazan constructoras. De acuerdo con una encuesta realizada por Bimsa Reports, filial de Odela Roquette, 63% de una muestra de empresas constructoras del país estaría en contra de la cancelación del aeropuerto en Texcoco. En el caso concreto de micro y pequeñas, el porcentaje es de 63%. En el caso de las medianas, el porcentaje de rechazo se eleva a 70%, alcanzando 68% entre grandes y gigantes. La pregunta plantea si se está de acuerdo en que las obras para el nuevo aeropuerto se cancelen para construir una nueva en la Base Militar de Santa Lucía. Ahora que la distancia es menor cuando se les pregunta si están de acuerdo en que la decisión sobre la continuidad de las obras se tome en base en una consulta popular. En este caso, 53% dice no, y 47% sí.

COLUMNA DE ENRIQUE CAMPOS SUAREZ. Octubre 18 del 2018

¿Puede México dejar de exportar petróleo?

Ha sido tan apabullante el tema de la famosa consulta del aeropuerto, que otros asuntos han pasado inadvertidos y algunos son más preocupantes. Desde quiénes serán los encargados de la elaboración de la lista de los futuros amnistiados, que será como poner la iglesia en manos de Lutero, hasta anunciar el final de la exportación de petróleo, que equivale a darle santa sepultura a la gallina de los huevos de oro.

Y es que mientras mantenemos la atención puesta en cómo el próximo gobierno tiene ganas de autoinfringirse daño en la confianza con la posible cancelación del Nuevo Aeropuerto Internacional de México, el propio presidente electo, Andrés Manuel López Obrador, nos anuncia su plan de dejar de exportar petróleo crudo para extraer sólo lo necesario para el autoconsumo. Este periodo de transición ha tenido la complejidad de la convivencia de dos caras, una con el discurso en la plaza pública, la arenga de mitin, contra la otra de una necesaria actitud de gobernante, donde prive la sensatez.

El problema es que hay temas, como el de la construcción del aeropuerto, que se exportó de la consigna de campaña, a las acciones de gobierno con una consulta que carece de lógica y de legalidad para ser vinculante. Hasta ahora, aquello de dejar de exportar petróleo queda en el discurso ante los seguidores tabasqueños, que son los paisanos y son de los más agradecidos, porque entre otras cosas les van a exentar sus millonarios adeudos del recibo de la luz.

Pero si realmente el presidente electo López Obrador quiere llevar a la ejecución su plan del autoconsumo petrolero, debería primero echarle un vistazo a los números presupuestales. De acuerdo con el más reciente reporte de las finanzas públicas, los ingresos por exportación de petróleo significaron 650,343 millones de pesos durante los primeros ocho meses del año y, la verdad, es mucho dinero que difícilmente se podría cubrir con la demanda interna, incluso si se logra el sueño de dejar de importar gasolinas.

Y si va en serio aquello de la responsabilidad macroeconómica, esa falta de ingresos tendría que cubrirse de alguna manera. No será con recortes al gasto, porque la larga lista de planes que tiene el siguiente gobierno implica un reto para las finanzas públicas por sí misma. Y si optan por la vía de los ingresos tributarios, estaríamos hablando de una reforma fiscal con tal carga de impuestos que seguro no lo contemplaría ni el más salvaje de los sueños neoliberales.

Además, hay una reforma energética en marcha en donde los capitales privados que ya se invirtieron y se arriesgan en la exploración y explotación de hidrocarburos no están ahí para chiquitear su producción sólo para el autoconsumo de un país emergente.

Los populistas de los 70 y 80 cometieron el error de querer financiar sus utopías con la exportación de petróleo. Pretender cerrar ese importante mercado de exportación mexicano puede ser también un error de dimensiones críticas para el país. Eso es algo que se arengó en la plaza pública y esperemos que ahí se quede. La transición ha sido un proceso de aprendizaje para todos. De los que van a gobernar, para entender la siempre terca realidad, y de los gobernados, para dimensionar los alcances reales de la que llaman cuarta transformación.
ecampos@eleconomista.com.mx

EMPRESA DE ALBERTO BARRANCO. Octubre 17 del 2018

Pemex: diagnóstico y tratamiento

Colocado Petróleos Mexicanos en un círculo vicioso que inevitablemente lo sitúa en vía de estallido al tener que cubrir el servicio de su colosal deuda con más deuda, al no generar suficiente efectivo, se está colocando en la mesa un diagnóstico con tratamiento al calce para contener el alud. El remedio y el palito fueron elaborados por expertos y académicos en la actividad, en la mira de una aportación profesional frente a la intención del nuevo gobierno de revivir viejas glorias de la empresa icónica.

La fórmula habla desde rellenar los boquetes que aún enfrenta el pasivo laboral hasta redimensionar la estructura de la empresa productiva del Estado para alcanzar costos competitivos, además de funcionarios y empleados con perfil adecuado. El ramillete plantea desde una urgente inyección de capital hasta un control interno eficiente, a la par de mantenimiento de las instalaciones y procesos más ágiles para consolidar alianzas y asociaciones. El punto crucial sería otorgarle a la empresa que surgió en el marco de la reforma energética una verdadera autonomía de operación y presupuesto.

Colocadas Pemex y la Comisión Federal de Electricidad en un régimen especial como empresas productivas del Estado, aunque se han tenido algunos avances en el cambio cultural y operativo, aún no han logrado cuajar. Así, se mantienen arraigados estándares propios del sector público, entre ellos, por ejemplo, el colocar en el centro de la preocupación el cumplimiento de metas hacendarias.

La mayoría de los funcionarios de la empresa carecen de perfil empresarial; los empleados están más atentos a su jubilación que a su trabajo, la línea de mando se resquebraja por los cambios frecuentes de funcionarios de alto nivel, los integrantes del Consejo de Administración con sello oficial les dan más importancia a los intereses de las dependencias que representan que a los objetivos de Pemex; la preocupación mayor de los funcionarios apunta más a cumplir la normatividad que a generar rentabilidad y utilidades...

La ruta hacia el despegue habla de la urgencia de un Consejo de Administración integrado por miembros con experiencia y vocación empresarial y de negocios, que encabece el secretario de Energía, con posibilidad de veto. La alternativa de las alianzas le abre la puerta a Pemex para compartir riesgos y tener acceso a escenarios distintos de cultura laboral y, desde luego, tecnología. La recomendación al nuevo gobierno habla de retener a los funcionarios de Pemex Exploración y Producción, dada su experiencia y capacidad, en un escenario en que es urgente la restitución de reservas.

Además, se habla de la necesidad de un Sistema de Control Interno como herramienta fundamental para la operación de subsidiarias y filiales. La empresa requiere una reestructura de su deuda que le permita un horizonte de redención de largo plazo. En la encrucijada, el deterioro es de tal magnitud que se reclamaría cirugía mayor para lograr la anhelada competencia. Por lo pronto, respiración de boca a boca

¿Cámara energética? Frustrado un primer intento por constituir una Cámara Nacional de la Industria Energética al seno de la Concamin, se está planteando revivir el proyecto vía la integración de la asociación y los despachos de consultoría en la materia. El organismo tendría presencia nacional.

COLUMNA DE ENRIQUE CAMPOS SUAREZ. Octubre 17 del 2018

México y Canadá, ¿un amor roto?

¿Quién no recuerda aquel penoso saludo entre el primer ministro canadiense y los presidentes de México y Estados Unidos? Tres hombres frente a las cámaras enredando sus manos en un fallido apretón para mostrar unidad. Fue en la cumbre de Líderes de Norteamérica en el 2016 y el que pagó más platos rotos fue el presidente mexicano Enrique Peña Nieto, cuando Justin Trudeau y Barack Obama bajaron primero del templete.

Ya quisiera Peña Nieto tener la centésima parte de la tolerancia que la sociedad le tiene al presidente electo Andrés Manuel López Obrador y su equipo. Pero ya quisieran los que llegan tener hoy un acercamiento a ese nivel con los otros dos líderes norteamericanos. No hay duda de que la llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos fue disruptiva para la región. Desde un principio

buscó distancia de sus dos socios comerciales y buscó romper el bloque que habían formado sus vecinos del norte y del sur.

El primer paso de la estrategia fue marcar una diferencia. Dejar claro a canadienses y mexicanos que no eran iguales. Su discurso racista y clasista marginó sobre todo a México, pero también a Canadá, país al que Trump ve por debajo del hombro. Cuando el Tratado de Libre Comercio de América del Norte entró en una forzada revisión, México y Canadá prometieron de facto hacer un frente común para defender sus intereses. Así se mantuvieron durante todo el tiempo que Donald Trump lo permitió.

Pero si algo tiene el presidente de Estados Unidos es una enorme habilidad para negociar a través de doblegar a sus contrapartes. Así que, cuando llegó el momento, rompió esa unidad de los otros dos socios para sacar ventaja. Con la urgencia mexicana de concretar un acuerdo con su principal socio económico, el gobierno estadounidense le cerró la puerta en las narices a los canadienses, concretó un acuerdo con México y le ofreció a los del norte sumarse con esas condiciones como última alternativa.

A pesar de que al final prevaleció un acuerdo entre los tres, que no quede duda que el gran ganador es Donald Trump con su United States-Mexico-Canada Agreement. El orden de aparición de los participantes, la falta del concepto de libre comercio e incluso la falta de una traducción adecuada son parte del triunfo del republicano. Además de todas las cláusulas que logró modificar. Canadá lo negaba, pero hoy queda claro que su gobierno tiene algún resentimiento hacia la posición asumida por México de encerrarse a conseguir algo para la causa mexicana y relegar a los canadienses.

La imposición de aranceles al acero por parte del gobierno de Ottawa, de los que excluye a Estados Unidos, pero deja a México es una demostración en metálico de su decepción y alejamiento. En la Secretaría de Economía tendrán que suspender el empacado de maletas para usar estos pocos días que les quedan para aplicar represalias comerciales a los canadienses, algo nunca antes visto y lejanamente imaginado.

Es cierto que Donald Trump ha propiciado un caos mundial en materia comercial, pero más que un arancel de 25% a productos mexicanos, como alambón y varilla corrugada, lo que hay es un mensaje de discriminación contra un socio estratégico. Eso es lo que hoy pesa más. Mientras tanto, el presidente republicano debe estar con los pies sobre su escritorio en el Despacho Oval regocijándose de cómo logró, no sólo partir el bloque norteamericano, tener a los dos vecinos comiendo de su mano y enfrentados. ecampos@eleconomista.com.mx

